

María Teresa Álvarez

ISABEL II

MELODÍA DE UN RECUERDO



- Un libro valiente en el que la autora se acerca sin ningún tipo de prejuicios a la figura de Isabel II. Una novela bien construida cuya originalidad va mucho más allá de su sorprendente final -

FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR

Índice

Portada

Dedicatoria

París, domingo, 10 de abril de 1904

Espíritu gentil

Rosa silvestre

Callaba la noche plácida

La mujer es voluble

El brindis

Una furtiva lágrima

Y brillaban las estrellas

París, lunes, 11 de abril de 1904

Arbol genealógico

Notas

Créditos

*A Sabino, mi marido,
que trató de impedirme escribir esta historia...*

*A todas las mujeres que sufrieron por serlo,
aunque no fueran reinas. A mi madre*

París, domingo, 10 de abril de 1904

En la mañana de ayer, sábado, 9 de abril de 1904, murió S. M. la reina.

No he tenido fuerzas para anotar en mi diario su fallecimiento hasta hoy. ¡Dios!

Qué extraña resultará la vida sin su presencia.

La han vestido, como ella quería, con el hábito de san Francisco. Doña Isabel, que había lucido los trajes más ricos y lujosos, eligió el pobre hábito talar de las franciscanas para entrar en la vida eterna.

Su cuerpo reposa en el féretro sobre un catafalco colocado en el salón principal del palacio de Castilla. Doña Isabel parece dormida, la paz de su rostro no refleja dolor por el tránsito. Tal vez ahora sea mucho más feliz de lo que lo ha sido en esta vida, sobre todo en los últimos años.

Me han emocionado las palabras que el nuncio de Su Santidad ha dirigido a las señoras infantas en la misa celebrada esta mañana. Es verdad que doña Isabel fue una buena madre. Sus tres hijas lo saben muy bien, sobre todo la infanta Eulalia, que aunque alguna vez se quejó de la falta de apoyo por parte de su madre, vino aquí, a París, a su lado, cuando se vio obligada a abandonar España por haberse atrevido a separarse de su marido.

Las tres infantas han sabido responder siempre al cariño de su madre. No me atrevería a afirmar que su hijo, el rey don Alfonso XII, haya hecho lo mismo. Claro que él, como soberano, no era libre para actuar como deseaba. En sus años jóvenes, sin embargo, se había mostrado muy consciente de su cariño, al que él correspondía cuando le

escribió: «Me convenzo cada día más de que tienes un corazón más grande que todas las reinas de España juntas, incluso que Isabel la Católica».

¡Cómo corre el tiempo! ¡Y pensar que ya han pasado casi veinte años de la muerte de don Alfonso! Quien reina ahora en España es su hijo, don Alfonso XIII, el nieto de doña Isabel.

*¿Debería haber venido el rey a París en este triste día?
¿Lo hará?*

El cuerpo de su majestad regresará a España para reposar junto a sus antepasados en el Real Monasterio de El Escorial.

Unos ruidos en la calle me distraen y al levantarme a mirar por el balcón para ver qué sucede, cae del escritorio una de las fotos de doña Isabel. Está hecha en París al comienzo del exilio. Tenía entonces la reina treinta y nueve años, y a pesar de su evidente gordura resultaba agradable. En aquel tiempo aún no se había adaptado a París. Más tarde sí lo conseguiría, pero siempre añorando España, y especialmente Madrid.

Cuando Cánovas la autorizó a regresar a España, alguien pensó en un principio en El Escorial como lugar ideal para su residencia. Yo presentía que aquél no era el lugar adecuado. Conocía muy bien a doña Isabel; ella nunca se había sentido atraída por El Escorial. Sus visitas habían sido casi siempre esporádicas. Es posible que en el ánimo de la reina pesara la certeza de que aquella sería su última morada. Doña Isabel rehuía la tristeza de una forma casi desesperada. Además, le tocó vivir probablemente la época más difícil del monasterio.

El año en que doña Isabel fue proclamada reina, los jefes, que durante tanto tiempo se habían ocupado del cuidado y custodia de los panteones de reyes y de infantes, ya no estaban en El Escorial. Desde su marcha en 1837, como consecuencia de la desamortización de Mendizábal, un

grupo de capellanes se ocupaba del Real Sitio. La situación era penosa. Nunca supe si la reina llegó a enterarse de lo que hacían los capellanes para conseguir ingresos. A mí me parecía una monstruosidad. Alguno de los sacerdotes, conocedor de que el cuerpo de Carlos V permanecía incorrupto, propuso que los visitantes interesados pudieran presenciar el fenómeno. Se pusieron de acuerdo y, eso sí, de una forma discreta y mediante el pago de una entrada, se permitía el acceso al Panteón de Reyes para ver de cerca la momia del emperador.

Reconozco que una vez estuve a punto de comentarle este tema a doña Isabel, pero no lo hice. Ella acababa de pedirle al padre Claret que se ocupara de los problemas del monasterio. Claret consiguió en unos años restaurar el colegio y el seminario.

En la calle unos vendedores ambulantes reclamaban la atención de los transeúntes enseñando sus mercancías y voceando sus excelencias. Cerré el balcón y regresé de nuevo a mi escritorio.

Creo que si la reina pudiera ver cómo recoge la prensa francesa la noticia de su muerte se sentiría satisfecha: en *Le Temps* y *La Liberté* elogian sus cualidades. *Le Temps* destaca: «Cualesquiera que fueran sus faltas, todas quedarían borradas ante las hermosas cualidades de su alma, la bondad de su corazón y su generosidad inagotable».

También *Le Gaulois* y *L'Autorité* dedican un lugar destacado para la noticia de la muerte de doña Isabel II de España.

Me parece imposible que «mi» reina y señora haya muerto. He vivido cerca de ella más de cincuenta años. Mi existencia no sería la misma si no la hubiera conocido. Guardaré todos los recortes de prensa que se refieren a su muerte.

Después de almorzar con unos amigos, he venido directamente a casa. Hace sólo media hora que he llegado, y en vez de descansar o tratar de dormir un rato me he pues-

to a recordar. No debería hacerlo, pero me siento incapaz de no pensar en ella.

En este salón, en el que disfrutamos de veladas inolvidables, todo me habla de doña Isabel. Cuando miro los cuadros me acuerdo de ella, de sus comentarios, y cuando mis ojos se detienen en el piano me invade la melancolía ante la triste realidad de su definitiva ausencia. Cuántas veces nos deleitó con sus interpretaciones, y en cuántas ocasiones habíamos tocado a cuatro manos. La música fue nuestro lazo de unión más importante.

Recuerdo que la primera vez que vi a su majestad la reina fue en la inauguración del Teatro Real. Era la festividad de santa Isabel, diecinueve de noviembre del año de 1850, día de su onomástica.

Doña Isabel hizo su entrada en el palco real acompañada de su esposo don Francisco de Asís. Hacía cuatro años que se habían casado.

Don Francisco parecía débil, aunque en la intimidad intentara mostrarse dominante. Años más tarde me enteré de que aquella noche en el Real, Asís se quejó de que el palco ocupado por el presidente del Gobierno estuviera a la misma altura que el de los reyes, y pidió a doña Isabel tomase medidas para que aquella situación no volviera a repetirse.

La reina me pareció atractiva. Irradiaba majestuosidad; pensé que aunque hubiera ocupado un lugar anónimo en el teatro su porte la delataría. Confieso que yo la miraba con cierta predisposición morbosa. ¡Se decían tantas cosas de la reina! La prensa había comentado en distintas ocasiones la falta de armonía entre la real pareja.

De vez en cuando, y con disimulo, volvía mi cabeza hacia el palco real y con la protección y ayuda de los gemelos observaba a doña Isabel. Así pude ver como en sus ojos, de un intenso azul, se reflejaba la emoción. Se notaba que la ópera la entusiasmaba, aunque en aquellos momentos no podía yo imaginar hasta que punto sentía la música.

El Teatro Real era magnífico. Según la opinión de los entendidos se podía comparar a los mejores coliseos del mundo. Contaba con algunas innovaciones, como la del alumbrado de gas, que daba una hermosa luminosidad a las cortinas de damasco rojo y al variopinto colorido de los trajes y joyas de las damas.

La ópera elegida para la función inaugural fue *La Favorita*, de Donizetti, una obra bastante conocida por los aficionados madrileños, debido a que llevaba varios años representándose en el Teatro del Circo. Es una obra cercana a nosotros, pues se basa en retazos de nuestra historia.

La inauguración del Real resultó memorable. Incluso los espectadores que habían pagado más de trescientos reales por una butaca en la reventa se sintieron felices, a pesar de que el precio oficial fuera de veinticuatro reales.

Yo era la primera vez que asistía a un espectáculo nocturno. Sólo tenía trece años y mi padre, que sabía de mi amor por la música, había accedido a llevarme para hacerme partícipe de aquel acontecimiento histórico en la vida cultural de la ciudad.

Yo sabía que mi padre, Narciso Santirso de Vivanco, era un hombre influyente y conocido, pero no pensaba que tanto. Todo el mundo le saludaba, y a mí me aterraba ver de cerca a todas aquellas señoras maravillosas. Mi cara estaba como la grana. Pensaba que al final mi padre me llevaría a saludar a su majestad la reina, pero nada más terminar la representación nos fuimos directamente para casa. Confieso que me hubiera gustado verla de cerca.

Una vez en casa y después de agradecerle a mi padre que me llevara con él a la inauguración del Real, me encerré en mi habitación. Deseaba recrearme en todas las sensaciones experimentadas durante aquella fantástica noche. Tarareando algunas de las arias de *La Favorita*, volví a ver el expresivo rostro de doña Isabel, la emoción de sus ojos...

La representación había respondido a lo que se esperaba de un día tan importante. Aquella noche descubrí que la ópera constituía un mundo nuevo, un mundo hasta entonces desconocido para mí y que avivaba mis sentimientos. No conseguía dormirme, y fue entonces cuando se me ocurrió escribir mis impresiones en un diario.

ESPÍRITU GENTIL

He visto a su majestad la reina. He asistido a la inauguración del Teatro Real. Ha sido una noche importante para mí.

Spirto gentil, ne' sogni miei
brillasti un dì, ma ti perdei;
fuggi dal cor, mentita speme;
larve d'amor, fuggite insieme (1).

Aún me parece escuchar la voz del tenor cantando el aria, para mí, más bonita de La Favorita, «Spirto gentil».

¿En qué o en quién estaría pensando la soberana cuando ensimismada la escuchaba?

Es posible que recordara al general Serrano. Él fue para ella durante un tiempo ese espíritu galante que atrae, subyuga y enamora, aunque el «general bonito», como ella lo llamaba, tuviera poco de gentil. Siempre sentí vergüenza ante el comportamiento tan poco caballeroso de un español, y además militar, que se aprovechó de la difícil situación de doña Isabel, que no era más que una jovencita recién casada. Y que, después, aceptó de ella tres millones de reales para alejarse de su lado.

Hace cincuenta y cuatro años que escribí estas impresiones en mi diario. Ahora, al releerlas, recuerdo que aquella noche pasé horas y horas pensando en doña Isabel. Intentando recordar cómo había sido la vida de la reina hasta ese día, 19 de noviembre de 1850, en que yo la conocí.

A pesar de mis pocos años, había oído comentar que la reina era muy desgraciada. Doña Isabel sospechaba que su matrimonio con don Francisco de Asís no podría funcionar nunca. Llevaban cuatro años casados y aún no tenían descendencia, algo que doña Isabel deseaba con todo su corazón.

Los comienzos de su vida en común habían sido desastrosos. A los pocos meses de la boda, los reyes vivían separados, y se extendió el rumor de que la soberana se había enamorado del general Serrano. Fue entonces cuando España entera se dio cuenta de la gran equivocación de esa boda, a la que la reina se había opuesto desde el primer momento, aunque nadie la escuchara.

Francisco Serrano era guapo, brillante, conquistador y ambicioso. Doña Isabel se sentía atraída por él, pero nada habría sucedido si el general no hubiera decidido utilizar a la reina contando a todo el que quisiera escucharle las atenciones que le prestaba la soberana. De esta forma, Serrano se convirtió en el centro de atención en la corte y en el deseado objeto de aduladores y fantoches. También en la persona más odiada por don Francisco de Asís, que no supo, o no quiso, hacer frente al problema.

¿Qué habría sucedido si cuando la reina y la corte decidieron trasladarse a Aranjuez, don Francisco de Asís hubiera ido con ellos para tratar de evitar que Serrano acompañase a doña Isabel? Nunca lo sabremos porque don Francisco decidió quedarse en Madrid, y cuando doña Isabel regresó él se fue a El Pardo.

Las desavenencias eran clarísimas, y el gobierno trató de convencer a don Francisco de Asís para que regresara a palacio, al lado de la reina. Pero éste, sincero, manifestó que no volvería mientras Serrano siguiese al lado de la soberana. Y aseguró haber podido soportar la presencia de un favorito, si se hubieran guardado las formas.

Me imagino la rabia y la decepción que debe de sentir una mujer ante semejantes opiniones por parte de su marido. Sin embargo, la reina calló y Serrano se negó a aceptar un nuevo destino.

Mientras tanto, la prensa especulaba sobre la situación en palacio. Recuerdo que en una información aparecida en *El Correo Nacional*, aseguraban que el problema entre el matrimonio real era una cuestión de poder. Opinaban que si don Francisco de Asís estaba separado de doña Isabel, si no quería volver a Madrid a su lado, pese a la súplica de muchas personas de carácter y cercanas a su real persona, que temían por el futuro de la monarquía, era porque Asís pretendía ser el jefe de palacio, mandar y gobernar él, y administrar el real patrimonio.

Frecuentemente se hablaba de este tema en casa. Mi padre, monárquico de los auténticos, solía decir:

–No conviene olvidar que don Francisco es el primer rey consorte de nuestra historia y su papel puede resultar a veces un poco desairado. A él, como hombre, le corresponde tener siempre la última palabra. Él es quien debe llevar el peso de la familia.

Mi hermana respondía inmediatamente:

–Pero la reina es doña Isabel; es ella quien ostenta el poder. Da lo mismo que sea mujer, doña Isabel es la titular de la Corona.

–Sí, pero creo que a veces sería conveniente que algunos temas los dejara en manos de don Francisco.

–Padre, en el fondo estás de acuerdo con los carlistas.

–¡Cómo te atreves! Toda mi vida he sido fiel, y lo seguiré siendo, a la heredera legítima.

–Ya sabes cómo pienso, padre. Nadie podrá convencerme de lo contrario. El carlismo tiene tantos seguidores porque de lo que se trata es de quitarle el poder a una mujer. Y tú pareces bastante de acuerdo con esa medida.

Mi padre la dejaba por imposible, y cambiaba de tema.

Yo, por timidez, callaba. Sin embargo, una pregunta no dejaba de dar vueltas en mi cabeza: si doña Isabel hubiese dejado que su esposo lo decidiera todo, ¿le hubieran parecido a éste menos escandalosos los amantes de su mujer? No me atrevía a plantear esta pregunta ni a mi padre ni a mi hermana. Tal vez si mamá viviera, a ella sí se lo preguntaría. Pero hacía tanto tiempo que nos había dejado.

Mi madre murió cuando yo tenía tres años. Y aunque mi padre y Rosa, mi hermana, se volcaron en mí para suplir el cariño materno, no fue lo mismo. Siempre añoré el amor que sólo una madre sabe dar.

Es posible que por ello comprendiera muy bien a doña Isabel, que nunca sintió el cariño de una madre. Aunque para ella tuvo que resultar muchos más doloroso que para mí, pues la madre estaba a su lado y, además, veía como quería a sus otros hijos y a ella no.

A pesar de ello doña Isabel no permitió que el rencor cambiara su personalidad. Poseía un corazón bondadoso en el que el odio no encontraba cobijo.

Así lo demuestra su reacción cuando todos le aconsejan arreglar la situación con su real esposo. Le dicen que no pueden seguir ignorándose, que el ejemplo no es bueno y que debe hacer algo. Y doña Isabel lo hace: manifiesta públicamente estar dispuesta a reunirse con su augusto esposo. Lo hace a pesar de conocer la opinión de éste, en la que aseguraba poder aceptar la presencia de un favorito de la reina, si se cumpliesen determinadas condiciones.

El marqués de Salamanca, presidente del Gobierno, le hace llegar a don Francisco la decisión de su real esposa, pero éste no acepta, entre otras razones, porque Serrano sigue en la corte. Y es entonces cuando al marqués de Salamanca, que tampoco poseía un espíritu gentil, se le ocurre buscarle un sustituto al «general bonito» en el corazón de la reina. La elección recae en José Mirall, un apuesto te-

nor que seguro, piensan, le gustará a doña Isabel, y del que será mucho más fácil deshacerse cuando los intereses del gobierno así lo aconsejen.

Es innegable, por mucho que me duela, que doña Isabel mostraba un inquietante interés por los guapos mozos, y también es verdad que sus consejeros y mentores se preocuparían de que esta inclinación real estuviera siempre cubierta.

Al rey consorte, que según reconocía «la presencia de un favorito nunca me hubiera desagradado si se hubieran guardado las formas», le preocupaba también que la reina estuviera embarazada –porque ése era otro de los argumentos que don Francisco de Asís esgrimía para no regresar a Madrid–, por lo que pidió un plazo de cinco meses para despejar sus dudas.

Siempre que recuerdo esos difíciles momentos en la vida de doña Isabel, se me plantea la misma pregunta: ¿se podría deducir de la reacción, por otro lado lógica, de don Francisco de Asís que no le hubiera importado que su esposa estuviera embarazada si él pudiera ser considerado como padre, aunque no lo fuera?

Parece bastante evidente que don Francisco de Asís no contaba tampoco, entre sus cualidades, con un espíritu gentil; y que era muy sincero al decirle al ministro Benavides que no había podido tomarle ningún afecto a su mujer.

Yo recuerdo haber oído hablar en casa muchísimas veces de este tema. A mi padre le preocupaba enormemente el problema matrimonial de doña Isabel. Era un monárquico convencido y temía que la institución pudiera resentirse con aquella situación. Pero mi padre, que, aunque se declaraba fiel a su majestad la reina, siempre trataba de defender la postura de don Francisco, nos decía:

–Asís no quería casarse con doña Isabel. La prueba está en la carta que don Francisco escribe a su primo el conde de Montemolín, animándole al matrimonio con la reina y reconociendo sus mayores derechos al trono.

–Claro –exclamaba mi hermana–, ¡es que don Francisco de Asís también es carlista!

Mi hermana, que de haber nacido hombre sin duda se hubiera dedicado a la política, estaba acostumbrada a discutir con nuestro padre, que era un ser maravilloso. Porque, no nos engañemos, las mujeres cuanto más calladas mejor. Él, sin embargo, y aunque muchas veces se enfadaba con ella, se sentía orgulloso de que defendiera sus propias ideas. Y le replicaba como si fuera un igual.

–Verdaderamente, hija mía, estás obsesionada con el carlismo.

–No, padre, mi deducción es lógica: Montemolín ha heredado los derechos al trono de su padre, don Carlos. Él es ahora el candidato carlista. ¿A qué derechos si no se refiere don Francisco?

Recuerdo que mi hermana en aquel momento de la conversación se levanto y rebuscó en el interior de uno de los cajones del secreter. Regresó con una hoja de papel, que desdobló, y empezó a leer:

–«Mientras mi querido primo, en quien reconozco derechos superiores a los míos, esté delante de mí, me mantendré tranquilo como hasta ahora. Pero si tu matrimonio viniera a hacerse imposible... creo que mi conciencia me manda, me obliga a no exponer a España a un nuevo conflicto... No me acuses nunca de haberte quitado un puesto que tú habrías abandonado». Espero que ahora lo comprendas, padre. Éste es el texto de la carta de Francisco de Asís a su primo Montemolín.

–¿Cómo lo has conseguido?

–Me lo ha dado Javier, mi novio. Lo ha conseguido a través de unos compañeros de *El Correo Español*.

Yo escuchaba en silencio. Mi timidez, como siempre, me impedía intervenir en la conversación. Haciendo un esfuerzo y avergonzándome de que mi rostro cambiara de color, me atreví a preguntar: